

Rafael: Te suaria este recorte, porque sé que te hará feliz, como si fueras en tu propio elopio, ya que, aunque un poco ve'probo yo, tu eres un verdadero hermanito mio. Saludos.
Alberto

LA NACION

CON la lectura de muy pocos libros de poemas ocurre lo que con Persona adentro, de Alberto Hidalgo. Tal vez habría que decir que eso pasa con todo Hidalgo, con cualquiera de sus libros. El lector siente una liberación, una alegría contagiosa que lo redime de su condición de tal. La euforia compartida le hace creer que él es el autor y no el destinatario y, al poco rato, el mundo que ha cambiado por obra y gracia del poeta es su persona. Esta actitud, claro está, lo aleja de la crítica. Las líneas que siguen no tienen por objeto aclarar la gozosa participación, sino sumarse a ella, agregarle algunas confusiones producidas por aquella felicidad.

Hidalgo es un estado puro de poeta, no un poeta en estado puro. Es ésta la primera distinción que habría que hacer. El libro lo define una vez más en todas sus cualidades, y le suma muchas otras; no en balde se llama Persona adentro. El "interior hombre" que decía el de Aldana, por el que interrogaba "dó está, dó vive, o qué se ha hecho", tiene aquí todas sus respuestas. Y en eso se diferencia un "estado puro de poeta" de un "poeta en estado puro". En que conserva vi-

Alberto Hidalgo y la libertad del poeta

vo —después de haber dado tantas muestras de su presencia y existencia— al hombre que todos llevamos dentro. Hidalgo, el Alberto Hidalgo de más de treinta libros, está vivo, tiene vivo su "interior hombre".

El mismo se ve así en el primer poema del libro: "No escatimar el órgano del quiero / y no cansarse de tener talento / a fin de dar humanidad al canto / y de que toda emanación escrita / tenga principio seguimiento fin. / He aquí la receta / para llegar a ser Alberto Hidalgo". Se ve también, sin verse, es decir, se reconoce, en muchas otras líneas, menos definitivas que esas.

El malabarismo verbal a que recurre —esa forma de ser tan natural en él—, no cesa de obligarnos a reconocerlo. No causará escándalo hoy hablar de la ausencia de la puntuación cuando ella, la que falta, es la elemental, y cualquier lector podría suplirla. No causará escándalo hablar de la ruptura de ritmos, cuando éstos desaparecen para

servir a la fidelidad de la poesía y dar un mentis al ripio. No causará escándalo hablar con el habla, elevar a categoría poética todas las voces, sin fronteras de malas o buenas palabras (las llamadas antipoéticas y poéticas). Ninguna de estas cosas llamará la atención ordenadas en un poema de Persona adentro, en un poema cualquiera de su autor. El recreador sabe que las más de las veces se trata de una frase hecha, un pensamiento o un lugar común que son patrimonio de todos y que el poeta lustra mostrándole el envés o el resplandor que puede saltar de cualquier iridiscencia, cuando se sabe encontrarla. Y lo sabrá porque el juego es consciente, en lo que se diferencia del mero automatismo de los surrealistas, cuya máquina es subconsciente. Lo lógico, pues, no falta; por lo contrario, sólo el deslumbramiento, el engolosinamiento con el juego aludido puede ponerle anteojeras y no dejarle ver el costado, el arriba y abajo de cada poema.

La forma en Hidalgo es

un movimiento, un alerta que lo mantiene despierto ante cualquier presencia del mundo. Lo ha sido así siempre. Vital, fuerte, libre, dice constantemente; para él fueron hechas las palabras que usa, va a su encuentro y las hace suyas, las posee con una fuerza que —de no mediar la claridad de sus poemas— se pensaría que él es el primer arrastrado en la corriente incontenible. Sus poemas cuentan como unidad, como totalidad, como intuición de un mundo de poesía que es todo potencia y pureza.

De esto se deduce naturalmente el desinterés del poeta, la gratuita y elemental manera de darse porque sí. Y la consecuencia de que, pareciéndole justo, debe darse de acuerdo consigo mismo, con sus ideas y sentimientos irreductibles. El lector, aquí, está en libertad de seguirlo o no. Pero no desconfíe demasiado. La verdad está casi siempre con los poetas; cuando no, es que no los ha interpretado a fondo, o no se trata de poetas. De todas maneras

—volviendo a Hidalgo—, no podrá sustraerse a su fuerza cuando ésta tome la forma de la indignación, el sarcasmo, el reto o el alegato.

Persona adentro habla de la cabeza humana, de los ojos, de las manos. Estos cantos al cuerpo aparecen como recién descubiertos —el cuerpo—, y el júbilo que el lector siente se hace mayor y se llama confraternidad. "un mundo en que las flores agradecen / a la luz los colores que sostienen". También se hace participación en la injusticia que se denuncia, en la tontería que se presenta (como en He aquí la elegancia: "Y no le saques pecho a la corbata / fundándote en que está pensada en seda"), en las recomendaciones que se dan (como en Cuatro tangentes: "Esa palabra es libertad / la oyen los sordos y la ven los ciegos"). Persona adentro habla de unos cuantos misterios que nos interesan a todos.

Persona adentro habla de un gran, un entero poeta. ≠
J. H. B.